



Imagen libre: Friedrich Nietzsche de Edvard Munch.

LA ESTETIZACIÓN DE LA EXISTENCIA COMO PROYECTO SUPERADOR DE LA MUERTE DE DIOS EN LA FILOSOFÍA DE FRIEDRICH NIETZSCHE.

Iván Vanioff

ivan.vanioff@gmail.com

El artículo se propone tematizar la concepción de “estética de la existencia” en la filosofía de Friedrich Nietzsche. Para ello, en la primera parte se aborda la crítica nietzscheana a la metafísica occidental y su impacto en la subjetividad, luego se analiza el fenómeno del nihilismo y sus efectos, y finalmente se examinan los conceptos de “máscara”, “metáfora” y “actor” para lograr concebir un posible proyecto nietzscheano de estetización de la existencia.

Palabras clave: Existencia, Estética, Muerte de Dios, Nihilismo, Subjetividad.

THE AESTHETICIZATION OF EXISTENCE AS A PROJECT OVERCOMING THE DEATH OF GOD IN THE PHILOSOPHY OF FRIEDRICH NIETZSCHE.

The article aims to thematize the conception of "aesthetics of existence" in the philosophy of Friedrich Nietzsche. For this, the first part addresses the Nietzschean critique of Western metaphysics and its impact on subjectivity, then discusses the phenomenon of nihilism and its effects. Finally, the concepts of "mask", "metaphor" and "actor" are examined in order to conceive a possible Nietzschean project of aestheticizing existence.

Keywords: Existence, Aesthetics, Death of God, Nihilism, Subjectivity

1.- INTRODUCCIÓN

El presente artículo pretende ofrecer los elementos conceptuales necesarios para comprender cómo una de las alternativas nietzscheanas para superar la metafísica es concebir la subjetividad como un proyecto estético. Lo que motivó la presentación de este trabajo fue la percepción de que generalmente la cuestión estética en Nietzsche es abordada a través de sus escritos de juventud, principalmente *El Nacimiento de la Tragedia* publicado en el año 1872. En esta obra, influenciada por el romanticismo wagneriano, el filósofo propone sus conceptos de dionisiaco y apolíneo para comprender la tragedia griega, de este modo, cuando se habla del arte en

Nietzsche se recurre principalmente a las nociones expuestas en esta obra. Si bien este es el primer acceso a las reflexiones estéticas de autor, considero necesario recorrer otro de los caminos posibles prescindiendo de los planteos de aquél joven romántico para hacer una lectura de sus últimos escritos. En este sentido, este artículo prescinde voluntariamente de los planteos estéticos de juventud, para centrarse en alguna de sus obras de madurez.

La presentación está estructurada de manera secuencial, de modo tal que expone un camino a recorrer para comprender cómo es posible afirmar la propuesta nietzscheana de una estética de la

existencia. En la primera parte se abordarán las principales críticas que Nietzsche realiza a la metafísica para desmontar así sus efectos sobre la subjetividad. Aquí la metafísica configura un discurso antropológico mediante ficciones que tienden a homogenizar y cristalizar experiencias. En la segunda parte, se verá que destruir la metafísica genera un horizonte nihilista donde, luego de la muerte de dios, se explicita la inexistencia de una esencia humana y de un sentido último para la vida. Esta instancia de vacío permite asimilar el carácter ficcional de toda verdad y por este motivo promueve la generación de nuevos sentidos e interpretaciones sobre la existencia humana. En la tercera parte, se verá que para Nietzsche la subjetividad humana es concebida como un ejercicio *poiético* continuo, donde uno es creador y obra al mismo tiempo. Para esto se abordarán las relaciones entre el concepto de máscara, la noción de estilo y la figura del actor. Esto permitirá afirmar que la única alternativa posible para la existencia humana es una experimentación estética inserta en un proyecto artístico-existencial. Finalmente, en la conclusión se exponen algunos de los posibles alcances que los planteos nietzscheanos pueden tener para pensar no solo en la filosofía sino también la estetización de las formas de vida actual.

2.- LA CRÍTICA NIETZSCHEANA A LA METAFÍSICA

Para Nietzsche la cultura occidental es el resultado de la confluencia de dos tradiciones perfectamente identificadas: el cristianismo y el platonismo. Según el autor de Zarathustra estas dos tradiciones comparten la creencia en la existencia de un mundo más allá de lo sensible, que se presenta como una verdad trascendente a la cual el hombre debe aspirar. De este modo, se logró instaurar una dualidad entre una instancia verdadera que se corresponde con el “ser” y otra dimensión de la falsedad o error. Esta forma de comprender la realidad en términos dualistas dio como resultado la proyección de una matriz metafísica sobre la interpretación de todos los fenómenos del mundo y de las experiencias humanas. Este “ser”, que se caracteriza por ser absoluto, intemporal, universal, único, verdadero, imperecedero, inmóvil, acabado, objetivo y perfecto, se convirtió en el supuesto fundamental sobre el cual se edificaron las principales concepciones religiosas, filosóficas, culturales y morales de occidente. Concebir metafísicamente el mundo supone proyectar esencias en las cosas, conocer significa abstraer la idea de lo sensible para acceder a la “verdadera” condición de lo existente.

La dimensión metafísica inaugurada con Sócrates, consolidada por Platón y universalizada

gracias al cristianismo es una instancia que permaneció encubiertamente presente en los intentos modernos de abandonar las concepciones religiosas y pensar la experiencia en términos racionales. En la segunda de sus *Meditaciones Metafísicas* de 1641, René Descartes reintroduce y actualiza el supuesto metafísico mediante su distinción entre *Res Extensa* y *Res Cogitans*, entre una sustancia cuya esencia es la extensión material o propiedades sensibles y otra sustancia definida por su carácter mental, espiritual o sea, metafísico, el cogito se establece así como la esencia de lo humano (Descartes, R., 2006:130). Por su parte, Kant consolida aún más el predominio metafísico cuando en su obra *Crítica de la Razón Pura* de 1781 afirma la distinción entre *fenómeno* y *nóumeno*, siendo este último la representación conceptual de la “cosa en sí” inaccesible (Kant I., 1997:188). Por otra parte, en *Crítica de la Razón Práctica* de 1788 Kant se propone la búsqueda de una ética formal basada en principios universales señalando la importancia del deber para lograr la virtud de toda acción, aquí se establece una oposición entre orientar la voluntad según la razón y el deber o dejarse llevar por las inclinaciones, afectos y pasiones (Kant I., 2012:103).

Estos autores son los principales blancos de la crítica nietzscheana y sirven para ejemplificar la consolidación de los supuestos metafísicos en la modernidad. Esto hizo posible el fortalecimiento de una forma de concebir la experiencia humana en términos esencialistas, donde la existencia se presenta bifurcada por dos órdenes y donde sólo uno de ellos merece ser potenciado. La crítica nietzscheana se define como una tarea de desmontaje y deconstrucción de esas categorías metafísicas para mostrar su carácter contingente y arbitrario (Cragolini, 2003:93). Mediante una labor genealógica Nietzsche logra revelar el carácter ficcional e ilusorio de toda metafísica, señalando sus consecuencias negativas para la vida. Concebir metafísicamente al hombre significa llevar a cabo un proceso por el cual la subjetividad se ve comprendida por categorías estables y absolutas que definen lo humano según una esencia preestablecida. De esta forma, se logra homogenizar las diferentes experiencias de lo humano mediante el agenciamiento de valores metafísicos al cuerpo vivo.

Asimismo, Nietzsche logra mostrar que todo ideal concebido como verdadero es en realidad sólo una ficción y una perspectiva posible a la que se le atribuye el carácter de universal y absoluto. El sujeto no es quien interpreta, sino que el concepto de “sujeto” es ya una interpretación, pero además, los valores que constituyen esa subjetividad también son una manifestación de necesidad metafísica. La subjetividad concebida metafísicamente significa la

aceptación de la existencia de la esencia de lo humano, y que ésta esencia es la única posible. De lo que se trata es de imponer una forma única a lo humano homogenizando las experiencias singulares de la vida y el cuerpo. Detrás de esas ilusiones metafísicas sólo se esconde la expresión de una decadente necesidad, de una voluntad de poder enferma y no una finalidad trascendente para la existencia humana. La crítica nietzscheana asesta en los fundamentos mismos de la metafísica y derrumba toda forma de justificar la finalidad de existencia humana haciendo advenir la nada donde antes había “ser”. De este modo, la aparición de un horizonte nihilista de la existencia humana es uno de los efectos inmediatos del abandono de las definiciones metafísicas. La cultura metafísica ha intentado proyectar un “ser” sobre lo humano para lograr domesticarlo mediante la represión de toda aquella afectividad que no se ajuste a la esencia. Pero lo que Nietzsche denuncia es que ese “ser” es inventado, es una creación humana que proviene de una forma de vida determinada que necesita de esta ficción para conservarse, por esta razón todo intento de esencializar la vida humana mediante la proyección de una verdad sobre la existencia se fundamenta en la ilusión dualista de una experiencia fragmentada en dos grandes órdenes irreconciliables: la verdad y el error.

3.- EL NIHILISMO Y LOS ECOS DE LA MUERTE DE DIOS

Lo que se esconde detrás de la metafísica es la nada misma, la ausencia de valor en sí y la absoluta falta de finalidad de la existencia del hombre. Ontologizar la subjetividad significa agenciar al cuerpo una configuración vital preestablecida que se expresa mediante una valoración metafísica. La enunciación del nihilismo es representada por la frase “dios ha muerto”, la misma aparece en el aforismo N° 125 de *La Gaya Ciencia* y ha sido arduamente debatida entre los comentaristas del filósofo alemán. A lo fines de este artículo, basta reconocer que el sentido de esta frase alude a la situación en que se subvierte la relación del hombre con los ideales, pues la figura de dios no alude a una deidad religiosa, aunque la incluye, sino que hace referencia a todo aquel ideal que legitima y justifica la existencia humana (Deleuze, G., 2000:39). Lo que ha muerto es la relación de subordinación del hombre con aquello trascendente que daba sentido a su vida. En este sentido, destruir la metafísica significa matar a dios y sumergirse en la desesperación propia del que habita un desierto entre espejismos.

La cuestión del nihilismo aparece con más énfasis en los últimos escritos del filósofo alemán. En su obra compilada póstumamente concibe un grupo

de aforismos bajo el título “El nihilismo europeo”, allí analiza las causas del nihilismo y del desmoronamiento de los valores cosmológicos. Aquí Nietzsche deja en claro que el movimiento nihilista es una expresión de la decadencia y sostiene que el nihilismo significa “que los valores supremos pierden validez. Falta la meta; falta la respuesta al «por qué»” (Nietzsche F., 2000:33). Esta ausencia de sentido es lo que la metafísica pretende ocultar. Pero por otro lado, Nietzsche también remarca que el advenimiento del nihilismo se produce por la lógica propia de toda matriz metafísica. Esto quiere decir que llevar la metafísica hasta sus últimas consecuencias necesariamente hace advenir al estado nihilista, donde la voluntad ya no tiene un ideal al que dirigirse. Para Nietzsche el nihilismo es causa y a la vez efecto de la metafísica.

Pero además de estar asociado a una forma de decadencia, el nihilismo también aparece como una instancia necesaria para destronar los ideales ultraterrenos y habilitar las condiciones de posibilidad de la emergencia de nuevas interpretaciones (Cragolini, M., 2003:85). Aquí no se trata de cambiar un ideal por otro, sino que lo que se pretende es alterar la relación de sujeción que la voluntad tiene con respecto a aquello considerado “verdadero”. Es un momento de subversión donde es posible hacer consiente que no existe un modelo trascendente al cual la subjetividad debe plegarse. En este sentido, el nihilismo también puede ser comprendido como la condición de posibilidad de una forma de vida que asume el carácter ficcional de los valores establecidos pudiendo así liberarse de sus efectos alienantes.

De este modo, la subjetividad ontológicamente alienada por la metafísica llevada hasta sus límites conduce inexorablemente hacia un horizonte nihilista donde la vida carece de un sentido último o de una finalidad preestablecida. El nihilismo logra disolver la supuesta esencia humana al develar la trama ilusoria con la que la metafísica ejerce sus efectos de dominación. Al aceptar la inexistencia de ideales trascendentes, el nihilista se predispone para afirmar el carácter ficcional de toda interpretación mediante la adopción de una postura perspectivista acerca de la verdad. Al respecto, Nietzsche se pregunta:

¿Por qué es ya necesario el surgimiento del nihilismo? Porque al llegar hasta sus últimas consecuencias, los mismos valores que hemos tenido hasta ahora son los que lo hacen necesario; porque el nihilismo es la resultante lógica de nuestros grandes valores y de nuestro ideal; porque debemos experimentar en nosotros el nihilismo para llegar a comprender cuál era el verdadero valor de estos «valores»... Alguna vez necesitaremos valores nuevos. (Nietzsche F., 2000:32)

En este fragmento Nietzsche señala la necesidad de vivir el nihilismo para comprender el valor de los valores que venían rigiendo nuestra vida y también abre la puerta a la necesidad de crear una nueva forma de valor que escape a las estructuras metafísicas.

Finalmente, es posible afirmar que el desarrollo de la crítica nietzscheana a la metafísica deriva necesariamente en la emergencia de una experiencia nihilista caracterizada por la ausencia de sentido último de las cosas. En este sentido, al tomar conciencia que los ideales encubren la nada con “ser” asignándole un sentido único, la verdad se presenta como una ficción totalizante que impedía el surgimiento de nuevas formas de vida. Es en este momento donde comienza a concebirse la subjetividad como una experiencia artificial que ha abandonado aquella ontología objetivante para abrir la puerta a la pluralidad y multiplicidad de sentidos.

4.- ESTÉTICA DE LA EXISTENCIA. LA MÁSCARA Y EL ACTOR

Ya hemos allanado el camino para comenzar describir algunos elementos que permitan pensar cómo la filosofía nietzscheana propone que el proceso de subjetivación sea comprendido como un dotarse de sentido a sí mismo mediante decisiones estéticas que configuran un estilo singular para la máscara de la existencia.

Luego de la crítica nietzscheana, las concepciones metafísicas que proponen una antropología esencialista aparecen como meras ficciones desde la óptica nihilista. Esto permite que toda definición de lo humano que pretenda ser verdadera y universal sea concebida solo como metáfora alienante agenciada en el cuerpo vivo. Para Nietzsche estas ficciones metafísicas no son necesariamente “falsas”, porque eso supondría la existencia de un ideal verdadero, por ello gracias al advenimiento del nihilismo la dicotomía verdad-falsedad se diluye para dar lugar a una nueva forma de concebir la subjetividad en términos ficcionales. Ya no existe un ideal trascendente al cual adscribir la conducta, sino que el que supera la muerte de dios:

quiere y procura que sea una máscara suya lo que circule en lugar de él por los corazones y cabezas de sus amigos; y suponiendo que no lo quiera, algún día se le abrirán los ojos y verá que, a pesar de todo, hay allí una máscara suya, - y que es bueno que así sea. Todo espíritu profundo necesita una máscara: aún más, en torno a todo espíritu profundo va creciendo continuamente una máscara, gracias a la interpretación constantemente falsa, es decir, superficial, de toda palabra, de todo paso, de toda señal de vida que él da (Nietzsche F., 2007:70).

Ante la ausencia de verdad y de una esencia humana a la cual circunscribir las potencialidades de la vida, la subjetividad humana se presenta en toda su artificialidad como el resultado de una serie de configuraciones metafóricas agenciadas al cuerpo. Mediante el concepto de máscara, el fragmento anterior hace alusión a esta condición de artificialidad a la que estamos condenados, seamos o no consiente de ello. Pero detrás de la máscara no hay ninguna esencia humana, no hay una “verdad” oculta tras una fachada, detrás de la máscara sólo hay más máscaras y, en última instancia, la potencia de la vida misma. Para Nietzsche, la figura del actor es la que representa esta condición de artificialidad de la existencia y la teatralización de las acciones humana. Para Nietzsche el actor posee

la falsedad con buena conciencia; el placer en el disimulo irrumpiendo como poder, empujando a un lado el denominado «carácter», anegándolo, en ocasiones extinguiéndolo; el anhelo interior de introducirse en un papel y en una máscara, en una apariencia; una sobreabundancia de capacidades de adaptación de todo tipo que ya no saben satisfacerse sirviendo a la más próxima y estrecha utilidad: todo esto, ¿no es quizá solamente el actor en sí? (Nietzsche F., 2011:303)

Según Nietzsche, queramos o no, estamos condenados a habitar en un mundo de metáforas, sombras, apariencias e ilusiones y que lo único que nos queda es aspirar a la construcción de una máscara, que lejos de ser verdadera, pueda hacer vivible la existencia mediante la afirmación de su potencial singularidad. De lo que se trata, no es de adoptar una máscara como verdadera como lo pretende la metafísica, sino más bien ir configurando una suerte de escenificación de lo posible mediante la permanente actualización de las potencias creadoras que definen la singularidad de lo humano viviente.

La cuestión de la máscara y del actor ayuda a comprender la situación originaria en la que se encuentra la subjetividad humana. Lejos de actuar conforme a la verdad, la humanidad teatraliza el papel que le asignó la metafísica sofocando la diferencia y la pluralidad. Asumir la condición actoral de toda subjetividad permite liberar el juego hermenéutico para configurar e interpretar un papel propio. Al respecto Nietzsche dice:

«Dar estilo» al propio carácter: ¡un gran y raro arte! Lo ejerce el que tiene una visión de conjunto de todo lo que su naturaleza ofrece en lo tocante a fuerzas y a debilidades y después lo inserta en un plan artístico, hasta que todo aparece como arte y razón e incluso la debilidad extasía el ojo (Nietzsche F., 2011:223).

Si el hombre está condenado a vivir una ficción, la única alternativa para realizar su existencia es llevar a cabo un proceso *poiético* sobre sí mismo concibiéndose de esta forma al mismo tiempo como creador y como obra. No se trata de guiarse por preceptos morales ni por ideales trascendentes, sino que la subjetividad debe ser comprendida como un permanente proceso de asignación e interpretación de sentidos insertos dentro de un proyecto estético. La naturaleza a la que hace referencia Nietzsche en el fragmento anterior no alude a una “naturaleza humana” comprendida como una esencia metafísica. Allí el término naturaleza indica nuestra herencia histórica y personal junto con todo tipo de configuración afectiva que se acarrea del pasado, la máscara no encubre un vacío como lo hace la ficción metafísica, sino que dota de nuevos sentidos a nuestras virtudes y debilidades logrando integrarlas en un estilo singular y único.

La propuesta nietzscheana apunta concebir la vida como un proceso experimental en el cual nos dotamos permanentemente de sentido a nosotros mismos configurando subjetividades plurales definidas por el estilo de la máscara que es asimilado. Todo discurso que proponga una esencia o naturaleza humana concebida de manera a priori como verdadera termina reproduciendo una antropología metafísica. La vida concebida como fenómeno estético es la alternativa nietzscheana a los efectos totalizantes de la metafísica, que sólo pretende regularizar la experiencia humana a costa de impedir la emergencia de nuevas formas de vida. En este sentido Nietzsche sentencia: “como fenómeno estético, la existencia nos sigue siendo soportable, y a través del arte nos han sido dados ojos y manos... para poder hacer de nosotros mismos un fenómeno de ese tipo” (Nietzsche F., 2007:146).

5.- CONCLUSIONES

La muerte de dios anuncia la apertura del horizonte nihilista donde la existencia humana carece de finalidad y de una esencia a la cual plegarse, este desamparo existencial es una instancia necesaria, ya que para hacer emerger las fuerzas creadoras del hombre primero hay que desterrar los vicios metafísicos que determinaban el modo en que se subjetivaba el animal humano. El advenimiento del nihilismo desmorona la metafísica occidental y obliga a replantear los términos en que se concebía la subjetividad, luego de la muerte de dios se hace imposible volver a plantear modelos humanos basados en criterios absolutos, universales y trascendentes que siempre oprimieron toda expresión vital que afirme la diferencia y la singularidad.

Es posible afirmar que los planteos nietzscheanos abordados derivan necesariamente en una estetización de la existencia humana, queramos o no, seamos conscientes o no, estamos condenados a habitar en un mundo de ficciones y obligados a representar un papel. El desmontaje de la metafísica permite revelar sus intenciones totalizadoras que impiden el surgimiento de la improvisación, la singularidad y la pluralidad. La alternativa es insertar nuestras acciones dentro de un plan estético concebido como la definición de un estilo particular y propio. En este sentido el ser humano debe realizar un ejercicio *poiético* sobre sí, donde él mismo es concebido al mismo tiempo como artista y a su existencia como una obra artística.

Esta senda abierta por Nietzsche ha sido retomada por diversos filósofos durante el siglo XX. La muerte de dios y el horizonte nihilista es una cuestión que retumba fuertemente en los planteos existencialistas de Jean-Paul Sartre y Albert Camus. Asimismo, la concepción estética de la existencia es uno de los temas principales de las últimas clases que dictó Michel Foucault. Siguiendo la línea francesa es posible encontrar los ecos del planteo nietzscheano en algunas concepciones de Gilles Deleuze referidas a la afirmación de la diferencia. En la misma dirección es también retomado el filósofo alemán por la corriente hermenéutica, principalmente el italiano Gianni Vattimo que define la subjetividad como un ejercicio continuo de interpretación.

Pero más allá de las posibles incidencias dentro del campo de la filosofía, creo que el planteo nietzscheano referido a la estetización de la existencia humana puede ofrecer elementos para pensar las nuevas formas de subjetividad actual. En una época en la que la humanidad ha llegado a una sobre estimulación sensorial mediante la tecnología, donde la política apela cada vez más a estrategias de marketing para configurar un estilo de político, donde la información se ve atravesada por intereses que exceden la pretensión de objetividad, donde se consolida una ética individual y relativista. El mercado ya no ofrece “la verdad”, ofrece formas de vestirse, de comportarse, de consumir, de sociabilizar brindando productos dentro de una situación escenificada que nadie concibe como verdadera, pero que sin embargo convence. Y esto por no hablar de las nuevas tecnologías de realidad aumentada y realidad virtual que promueven explícitamente la artificialidad como recurso o de la configuración de perfiles en las redes sociales. Todos estos fenómenos son susceptibles de ser analizados como emergentes de un horizonte de artificialidad que la cultura contemporánea plantea como alternativa de superación al nihilismo. Las tendencias ya no se presentan como “la verdad” sino que se muestran como “lo distinto” y “lo innovador”, y

en este sentido incluyen la cuestión de la singularidad de la forma como lo deseable. De esta forma, ya no deseamos ser verdaderos, buenos o justos sino que deseamos sentirnos diferentes y en este sentido la oferta para estetizar la existencia se presenta anclada a

los intereses del mercado. Se hace notar entonces, como, salvando algunas cuestiones, Nietzsche preanuncia de algún modo uno de los fundamentos de las formas de subjetivaciones actuales basadas en ficciones y metáforas.

Donde seguir leyendo:

***NEHAMAS, A. (1985). *Nietzsche. La Vida como Literatura*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.**

***VATTIMO, G. (1985). *La Voluntad de Poder y el Destino del Sujeto*. En *Introducción a Nietzsche (113-135)*. Barcelona: Península.**

6.- Bibliografía

CRAGNOLINI, M. (2003). *Nietzsche. Camino y Demora*. Buenos Aires: Biblos.

DELEUZE, G. (2000). *Nietzsche*. Madrid: Arena.

DESCARTES, R. (2006). *Meditaciones Metafísicas*. Madrid: Espasa Calpe.

KANT, I. (1997). *Crítica de la Razón Pura*. Madrid: Alfaguara.

KANT, I. (2012). *Crítica de la Razón Práctica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

NIETZSCHE, F. (2000). *La Voluntad de Poder*. Madrid: EDAF.

NIETZSCHE, F. (2007). *Más Allá del Bien y del Mal*. Madrid: Alianza.

NIETZSCHE, F. (2011). *La Gaya Ciencia*. Madrid: EDAF.

VATTIMO, G. (1992). *Más Allá del Sujeto*. Nietzsche, Heidegger y la Hermenéutica. Buenos Aires: Paidós.



Iván Vanióff: Licenciado en Filosofía de la Universidad Nacional del Nordeste. Docente e investigador en la Facultad de Artes, Diseño y Ciencias de la Cultura de la UNNE. Becario Doctoral del CONICET y la UNNE, realiza su doctorado sobre la impronta nietzscheana en el debate biopolítico contemporáneo.

Recibido el 15/4/17. Aprobado: 23/4/2017. Visto bueno del autor: 19/5/2017.-